

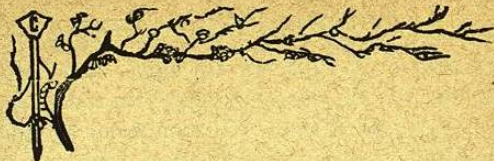
á nuestro buen patriarca que su corazón tenía hiel en que mojar la pluma, ni que su pluma se había trocado en látigo?

¿Por qué no ha escrito una obra didáctica, si se hallaba con humor de preceptista? ¿Por qué no ha escrito un poema festivo ó una novela en verso, si quería hacernos gozar de sus sales imperecederas? Y, sobre todo, insigne maestro, ¿á qué amargarse porque una ó dos comedias tuyas hayan sido mal recibidas, quien, como V., tiene ya caudal de gloria suficiente para hacerse respetar de nuestra generación y de todas las venideras?

Digo más: ¡hasta la misma *Desvergüenza* pasará á la posteridad sólo por ser obra de V.!

Y cate aquí un juicio sintético de V. y de su última obra.

Madrid, 1857.



AGUSTIN BONNAT

NECROLOGÍA

I

To sabíamos hace mucho tiempo..... ¡y él lo ignoraba!

A principios de este otoño la fúnebre noticia nos heló de espanto á todos sus amigos.— ¡AGUSTÍN BONNAT se moría!..... ¡Estaba tísico!..... ¡No había esperanza!

¡El agudo folletinista, el novelista delicado, el narrador humorista y excéntrico, el que todo lo dijo siempre con la risa en la boca, el que nunca habló seriamente con el público; aquel ingenio, en fin, semi-francés, semi-alemán, raras veces español, que tan brillantemente apareció hace cinco años en el palenque de la literatura, yacía en una butaca, devorado por la fiebre, agonizando en lo mejor de su juventud, sin savia en las venas, decrepito,

agostado como una flor sin agua, como una palmera sin sol, como un pájaro sin aire!

¡Y él lo ignoraba! — ¡El soñaba con la vida y el amor, con la naturaleza y el arte, con la ciencia y la literatura! ¡Él se creía joven y fuerte; esperaba todos los días salir á la calle á la siguiente mañana; pedía que le llevaran á la nueva *Exposición de pinturas*, recordando, sin duda, que escribió la crítica de la de hace dos años; hablaba de trabajar y de brillar en el mundo; confiaba en la vuelta de la primavera; preguntaba por sus amigos; reía como antes; se embelesaba con la música; pedía flores y libros; se interesaba en la política; averiguaba la moda; encargaba billetes para los teatros; vivía, en fin, con toda su alma, con toda su esperanza, con todo su ser, con todo su genio..... en el borde mismo del sepulcro!

¡Y nosotros lo sabíamos! — Todos los días aguardábamos la terrible nueva..... Cada cortejo fúnebre que encontrábamos, temíamos que fuera el suyo..... Toda campana que doblaba, decía su nombre á nuestros oídos..... El viento lúgubre de Noviembre, azotando de noche las paredes de nuestra casa, nos parecía su despedida eterna..... Al amanecer de cada uno de estos días negros, lluviosos, melancólicos, que han sucedido á la *Conmemoración de los Difuntos*, nos parecía que el infinito duelo de la naturaleza lloraba la partida de Agustín, veri-

ficada acaso la noche anterior..... ¡Y el vértigo del mundo y de los placeres, los sueños de ambición y de gloria, el cotidiano recogimiento después de largas horas de vanidad y de locura, y el renovado comienzo de dichas, trabajos y penas que nos aguardaba cada mañana al saltar del lecho, eran á nuestro corazón, atribulado bajo tan terrible amenaza, punzadores remordimientos y dolorosos sarcasmos! — ¡Él moría....., él había muerto quizá en aquel instante, y nosotros seguíamos viviendo unas horas que fueron su ilusión y su esperanza!

¡Oh! Y si al morir había despreciado cuanto dejaba en la tierra, ¡qué mengua ó qué desventura la nuestra, seguir apurando el cáliz que él apartó de sí en la última hora! — ¡Vivir más que los que amamos es una humillante ventaja! — Ellos se van, más felices que nosotros, como predilectos del eterno Dispensador de la vida y de la muerte..... Y nosotros quedamos aquí, ufanos de nuestra longevidad, egoistas, buscando razones para enorgullecernos de sobrevivir; diciendo acaso con medrosa candidez: «Pues que yo sé que él ha muerto, indudablemente existo todavía.....» A lo que contesta otro monstruo de la imaginación: «Muchos jóvenes mueren en torno mío: quizás soy yo de los destinados á llegar á viejos.....» — ¡Miseria, locura humana!

¡Agustín! Así hemos pensado muchas veces

durante tu agonía, que no ha sido la tuya, sino la de todos los que te amábamos. — Pero ¡ay! ¿á qué te hablamos ya? — Ayer no pudimos decirte, porque vivías..... y creías en la existencia. — Hoy..... ¡ya no nos oyes!.....

.....
 Hace tres días, el sábado, se entreabrió la nublada atmósfera, dejándonos ver el azul de la inmensidad. — Los rayos del sol alegraron la tierra después de muchas semanas de lobre-guez y lluvia. — Fué una mañana hermosa, riente, pura, rica de luz, de aromas y de armonías. — Los ojos de los hombres vieron por algunas horas la esplendidez del cielo, y las almas, asfixiadas en la sombría cárcel de este planeta mezquino, volaron por entre las rotas y flotantes nubes buscando espacio y libertad..... A la tarde cerróse de nuevo el horizonte; tornó la tierra á su soledad y abandono, y volvieron las nubes á derramar copioso llanto.....

Durante aquella esplendorosa y fugitiva mañana, el alma de Agustín Bonnat había abandonado este mundo.

¡Y soy yo quien lo digo! ¡Era quien había de hablar en tu sepultura! ¡Era esta pluma mía, que tú cogiste tantas veces en mi lugar, la que había de escribir tu epitafio! ¡Era yo, tu compañero, tu amigo, tu camarada literario, quien había de quedar solo, enfrente de *nuestro* pupitre, escribiendo *un artículo más*, con

imágenes y figuras retóricas, destinado á tal ó cual periódico, entre una *Critica de teatros* y una *Revista de Madrid*.....; y ese artículo, ese trabajo, esa producción mía, que tú ya no leerás, había de ser tu *necrología*, tu oración fúnebre, tu partida de sepelio! — ¡Ah! ¡Triste privilegio el mío! — ¿Por qué no ha sucedido lo contrario? ¿Qué me importaba á mí morir?

II

Á las cuatro de la mañana del 27 de Noviembre de este año de 1858 murió Agustín Bonnat.

Unos cien amigos suyos, literatos y artistas casi todos, acompañamos el ataúd en que iba encerrado su cuerpo.

En las afueras de Madrid, en el cementerio de San Nicolás, patio de San Pedro, núm. 87, se había cavado un hoyo en la tierra, — tal fué su deseo, — y en ese hoyo quedó sepultado aquel que, hacía algunas horas, encerraba en sí mismo el universo entero.

Silenciosos é inmóviles, vimos hundirse en el polvo de la nada al que había sido, como nosotros, joven, activo, entusiasta, poeta. — Sus pasiones, sus pensamientos, sus proyectos, sus esperanzas, sus recuerdos; los seres que vi-

vían en su corazón, y este corazón, vida de muchos séres; el hijo, el hermano, el amigo, el amante, el literato, el artista; todo lo que significaban aquel cuerpo y aquel nombre desapareció bajo una capa de tierra.—A los pocos instantes, ni huella de él!..... El suelo, nivelado por el enterrador, era ya transitable para los vivos.—Una gota de agua había caído en el Océano.—Aquel sér complejo, que absorbía la creación por medio de sus sentidos; que se asimilaba la vida universal, y que, en cambio, inundaba todos los espacios, todos los tiempos con su imaginación, recordando ó deseando, adivinando ó creyendo....., habíase desvanecido como una sombra, y cuanto á él acudía ó de él emanaba, cuanto constituía el ya desenlazado drama, el consumado fenómeno de aquella existencia moral y corpórea, física y *espiritual*, era como herencia que dejaba al mundo, á nosotros quizás, más inmediatamente que á nadie, pues que nos hallábamos sobre su tumba y habíamos de visitarla muchas veces.....

Pero no..... ¡mil veces no!—Esta teoría no podía ser verdad.....—Bonnat no quedaba allí.—El, tan infinito pocos momentos antes, no hubiera cabido en una sepultura!

¡Así, Agustín, de pie sobre tu fosa medité en nuestro destino! Mi espíritu se elevó al cielo en busca de un Dios y de ti; y, cuando me alejaba del cementerio, ni lágrimas de des-

pedida, ni tan siquiera una mirada dirigí al lugar donde había visto tu cuerpo por última vez.—No; ¡tú no quedabas allí!..... ¡La fe arrogante que mi alma tenía en sí misma en medio del cementerio, díjome muy alto que tu alma existe y goza en la eternidad!

III

Agustín Bonnat nació en Madrid el día 29 de Diciembre de 1831.—Desde los doce á los diez y seis años de edad estudió en un colegio de Francia, á lo que debió que el idioma francés le fuese tan familiar como el español. Cursó la Jurisprudencia en Madrid, y dedicóse á la Pintura en sus ratos de ocio, denotando muy felices disposiciones en tan difícil arte. Sabía las literaturas latina y española más profundamente que hoy se acostumbra. Su novelista favorito fué siempre Alfonso Karr, á quien imitó muchas veces con felicísimo éxito, y su poeta querido Henry Heine, de quien tradujo algunas baladas y leyendas.

Hasta el año 1853 no se dió á conocer como escritor. Su primera producción, «*Yo, ella, nosotros,*» publicada en el SEMANARIO PINTORESCO, se reprodujo en París, donde se le prodigaron muchos y muy merecidos elogios. Al

año siguiente, el mismo periódico insertó el lindísimo juguete *Nunca*, que tradujo la CRÓNICA DE NEW YORK.—*Un capricho de Cleopatra*, *Diez y ocho años después*, *Dos ramos de flores*, *Rubias y morenas* y *Un nido de tórtolas*, aparecieron más tarde en el SEMANARIO, mientras que en LA ILUSTRACIÓN se publicaba *E pluribus unum* y algún otro artículo que no recordamos.—Tradujo el famoso libro de Eugenio Pelletan *Profesión de fe del siglo XIX*; escribió en el folletín de LAS NOVEDADES *Nubes y estrellas*; colaboró en primera línea en el renombrado *Almanaque-Omnibus* y en *Mañanas de Abril y Mayo*; criticó, según dejamos dicho, la *Exposición de Bellas artes* de 1856, y después la *Estatua de Mendizábal*, también en LAS NOVEDADES, dejando además, en varios periódicos y álbums, algunas bellas poesías en que se nota la misma afición á la forma extranjera.

Agustín Bonnat era uno de los escritores más fáciles y espontáneos de la nueva generación. Hablaba como pensaba, y como hablaba escribía. Su estilo cortado, bíblico, *lapidario*, tenía algo del de Girardin y del de Karr.—Juntos nos burlamos muchas veces de esta manera de escribir, que por entonces adopté yo también, más por lo nueva y rara que porque me agradase. Muy luego la abandoné, pero no así Bonnat; pues como siempre escribía en

broma, conservó aquel extravagante estilo, que era una humorada más de sus producciones.—Sin embargo, ¡qué elegancia para adjetivar, qué originalidad y versatilidad de giros, qué sobriedad de color, qué lujo de imágenes y comparaciones! El lector, el *señor lector*, como él decía, desempeñó casi siempre el principal papel en sus novelas.—Era desenfadado, chistoso y flexible como nadie.—Todo se lo contaba al público, y todo con gracia y oportunidad.—Cuando leía en casa de Cruzada Villamil, las continuas carcajadas del auditorio ahogaban siempre su voz. La dedicatoria de una obra suya, las señas de su casa al pie de una tarjeta, su saludo, su figura, sus costumbres, todo era en él literario, original, excéntrico. Ameno, fino, impresionable, superficial en la conversación; tierno y profundo con sus íntimos amigos y con su familia; bello y de elegante porte; honrado y arregladísimo en sus costumbres, Agustín Bonnat era sumamente simpático á cuantos lo conocían y muy querido de los que lo trataban.

Fué Secretario particular del señor duque de Valencia y Oficial segundo de la Asesoría de Hacienda: sin embargo, su indiferencia política era absoluta, cosa rara en un literato español de estos tiempos.

Nacido en una época de algún entusiasmo por la literatura, el amigo que lloramos hu-

biera trabajado más y alcanzado alto renombre.—Hoy..... ¡triste verdad!..... nosotros hablamos de él en este periódico, y mañana tal vez nadie se acordará de que ha existido.....

¡Ah! ¡que no sea así!—Nosotros, al menos, los que le acompañamos anteayer á la final morada, sostengamos vivas, en tanto que peregrinemos sobre la tierra, la merecida fama del escritor y la dulce memoria del amigo.

1858.



HISTORIA DE UNA NOVELA

EN Madrid,—en este picadero de caracteres indómitos, que no reconoce igual para aquello de convertir en hombres á los niños y en viejos á los hombres; en este infierno de los ambiciosos y de los poetas, adonde venimos todos por curiosidad, y en donde todos quedamos cogidos por los pies, como leones que caen en una trampa; en esta tierra de los fríos secos y de los veranos sin sombra, rodeada de cómodos y elegantes cementerios, que encierran ya veinte veces más población que la capital, pareciéndose en esto á aquellos favoritos enriqueños que llegaron á ser más ricos que sus amos;—en Madrid, digo; en el Madrid odiado por las madres de provincias; en el Madrid deseado por los músicos, pintores y literatos de aldea; en el Madrid de dos caras, brillante la una